

02

Economía, trabajos y sostenibilidad de la vida

Cristina Carrasco Bengoa
Universidad de Barcelona.



En este artículo se reflexiona sobre los tres conceptos referidos en el título: economía, trabajos y sostenibilidad de la vida, y en ese orden. El significado de la palabra economía actualmente es confuso. Economía viene del griego *oikos*, casa y *nomos*, administrador, es decir, el arte de administrar la casa. Posteriormente, en el siglo XVII se comenzó a utilizar el término economía política para significar el arte de administrar la ciudad. Actualmente, el término economía ha perdido ambos significados. A veces hace referencia a lo que sucede en los procesos reales socio económicos y a veces se entiende como la disciplina que recoge e interpreta dichos fenómenos. Los fenómenos son únicos, pero la forma de aprehenderlos e interpretarlos puede ser muy diferente. En este sentido, en la disciplina ha habido una ceguera histórica para observar los procesos en su globalidad. Salvo notables excepciones, el campo de visión de lo económico se ha restringido a los límites del mercado. Ello ha dado como resultado que el concepto de trabajo se haya hecho sinónimo de empleo, excluyendo de la definición todos los trabajos que se desarrollan al margen del mercado. Particularmente es de nuestro interés, el trabajo doméstico y de cuidados¹.

La economía feminista ha hecho una ruptura con las visiones tradicionales en economía incorporando en los circuitos económicos todo el trabajo realizado desde los hogares, sin el cual no se puede entender el funcionamiento de la producción de mercado. Para ello ha recuperado la idea de reproducción de Ricardo y Marx, aunque transformándola a una idea más amplia de reproducción social. La idea de sostenibilidad de la vida integra la de reproducción social pero va más allá explicitando que la reproducción social es necesaria como proceso socio económico, pero no suficiente. Es imprescindible, además, plantear como objetivo prioritario las condiciones de vida de toda la población, mujeres y hombres, entendiendo que el trabajo de cuidados con todos los aspectos subjetivos que encierra es la actividad principal necesaria para que la vida continúe en condiciones de humanidad.

¹ Denominaremos trabajo doméstico y de cuidados a todas las actividades consideradas tradicionalmente trabajo doméstico, como limpiar, lavar, comprar, etc. y a las tareas de cuidado directo de las personas.

La ceguera histórica de la economía

Se acostumbra a señalar como inicio del pensamiento económico la publicación de la obra de Adam Smith, “Una indagación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones”, más conocida como “La riqueza de las naciones”. Pensamiento que posteriormente no siguió una única ruta intelectual. Se puede sostener que a lo largo de la historia, ha habido dos grandes escuelas de pensamiento económico dominantes². Primero, la escuela clásica, iniciada con Smith y finalizada con Karl Marx en el último cuarto del siglo XIX, desarrolla el pensamiento denominado economía política (political economy), que consistía en el estudio de las leyes sociales que gobiernan la producción y la distribución de los medios materiales para satisfacer las necesidades humanas (Barber 1996). Definición de la cual destaca un contenido material, pero también el carácter social de las leyes económicas. El surgimiento de la escuela marginalista en el último cuarto del siglo XIX, posteriormente llamada neoclásica, significará una ruptura absoluta con el pensamiento anterior. Se perderá el nombre de economía política para pasar a llamarse sencillamente economía (economics)³. Pero tal vez eso no sea lo más importante. El objeto de estudio se traslada de la producción al mercado, desapareciendo las reflexiones filosófico-históricas de la sociedad y también las consideraciones sociales. Se abandonarán conceptos como costes de reproducción, fondo de salarios, clases sociales, para pasar a hablar de escasez, utilidades o maximizaciones. En definitiva, la economía dejará de ser una ciencia social para intentar convertirse en una ciencia lógico-formal (Barbé 1996).

Ahora bien, ambas escuelas mantienen un hilo conductor común: se han caracterizado por no incluir en sus cuadros analíticos los trabajos que caen fuera de la producción destinada al mercado. La teoría del valor trabajo iniciada por Adam Smith –y continuada posteriormente por David Ricardo y Carlos Marx– según la cual el trabajo (industrial) es la fuente del valor, le da una gran centralidad al concepto y de aquí que éste se redefina haciendo una asociación simbólica entre trabajo y trabajo asalariado, es decir, trabajo se hace sinónimo de empleo. Dicha teoría hace referencia al valor de los objetos, entendido como una relación con la cantidad de trabajo (industrial) necesaria para producirlos. El concepto de plusvalía que Marx acuñará más adelante responde a esta tradición y, en consecuencia, en el valor de la fuerza de trabajo no estará considerado todo el trabajo doméstico y de cuidados absolutamente necesario para su reproducción (Dalla Costa 1972, 1982, Gardiner 2000, Himmelweit 2000).

² Naturalmente ha habido otras corrientes de pensamiento (keynesiana, sraffiana, ...) pero, a excepción del keynesianismo que tuvo 30 años de relevancia política y académica, las demás han sido corrientes minoritarias dentro del pensamiento económico.

³ En inglés la diferencia del término (political economy y economics) señala también la diferencia del paradigma entre ambas escuelas. En castellano, al repetirse la palabra economía (economía política y economía), la terminología no refleja tan exactamente la diferencia de paradigma.

Se inicia así, desde los comienzos de la industrialización, un enfoque dicotómico en economía heredero de la tradición liberal que establece una separación confusa y ambigua entre lo público y lo privado como espacios sociales únicos y antagónicos: el público asignado a los hombres (el espacio político/económico, con poder y reconocimiento social) y el privado asignado a las mujeres (el espacio doméstico, exento de poder). La actividad o participación en la denominada esfera privada, queda relegada al limbo de lo invisible negándole toda posibilidad de valoración social. Sin embargo, resulta al menos curioso y sorprendente que el trabajo doméstico y de cuidados realizado desde los hogares mayoritariamente por las mujeres no sea incorporado como categoría económica en el pensamiento clásico, ya que hay un reconocimiento manifiesto de la importancia de dicho trabajo en el cuidado de los niños-as y en la reproducción de la población (tema relevante teniendo en cuenta la elevada mortalidad infantil de la época) que queda reflejado en el salario considerado como coste de reproducción histórico de la clase trabajadora (Picchio 1992).

Ahora bien, la escasa sensibilidad de economistas clásicos para observar los procesos sociales más allá de la producción (industrial) y distribución, se agudiza con el nacimiento de la escuela marginalista. Al desplazar el objeto de estudio de la producción al mercado, la consecuencia lógica es que toda actividad que no se realice mediada por el mercado no formará parte constitutiva de la economía. De esta manera, el trabajo doméstico y de cuidados pasará a ser totalmente invisible, ignorándose o no queriéndose reconocer la importancia decisiva de dicha actividad para la reproducción de la fuerza de trabajo y la vida de las personas⁴. Más aún, al centrarse en productividades y utilidades marginales, las condiciones de vida de las personas no son una preocupación ni un objetivo de la economía neoclásica. Así, ha pasado a ser habitual escuchar que determinada economía va bien porque tiene un crecimiento económico destacado, aunque dicho crecimiento tenga lugar con un alto porcentaje relevante de población en situaciones de pobreza o con un incremento de las desigualdades sociales. El individualismo metodológico –y su representante, el “homo economicus”– adoptado por la economía neoclásica tiene como resultado, entre otros, que las condiciones de vida de las personas deje de ser una preocupación social y se convierta en un asunto a resolver en el mundo “privado” del hogar.

Llama la atención que también las corrientes heterodoxas de la economía se hayan visto afectadas por esta ceguera histórica que les impide observar los procesos o trabajos que tienen lugar fuera del mercado. A excepción de

⁴ Desde el paradigma neoclásico el trabajo doméstico se ha discutido dentro de la llamada “Nueva economía de la familia” (Becker 1981). Pero su enfoque, basado en los mismos principios de racionalidad, individualismo y maximización de la teoría neoclásica, no conduce a una explicación del fenómeno que ofrezca posibilidades de transformación social; sino que, por el contrario, lleva a justificar y legitimar la situación social de desigualdad de las mujeres.

la economía ecológica que plantea un sistema abierto a la naturaleza y con la cual la economía feminista tiene importantes puntos de encuentro; las corrientes neokeynesianas, marxistas, institucionalistas, radicales o críticas en general con la economía neoclásica mantienen la visión estrecha determinada por las fronteras del mercado. Sus temas de estudio –críticos con la metodología, análisis, resultados y conclusiones políticas de la teoría neoclásica– se refieren al estudio de las desigualdades de renta, a la pobreza, a los problemas del desarrollo, a las políticas económicas de corte neoliberal, etc.; pero, sin embargo, sus análisis se manejan dentro del mismo escenario sin plantear una ruptura en relación a una perspectiva más amplia de la economía.

Sin embargo y en relación al tema que nos ocupa en este artículo, es de justicia reconocer que algunas corrientes de pensamiento heterodoxo y de forma relevante el enfoque denominado “reproducción-excedente”, ya que es precisamente la perspectiva que lo caracteriza metodológicamente, han recuperado la idea de reproducción de los pensadores clásicos. Bajo este paradigma –y aunque estas corrientes de pensamiento no lo mencionan– es posible incorporar el trabajo doméstico y de cuidados con relativa facilidad y sensatez, ya que es precisamente un trabajo absolutamente necesario para la reproducción social.

Pensadores clásicos como David Ricardo y Karl Marx plantearon el análisis económico basándose en características reproductivas, modelos que fueron desarrollados posteriormente por lo que se acostumbra a denominar la escuela sraffiana. Estos autores, a diferencia de los autores neoclásicos preocupados por los equilibrios de mercado, discutieron las condiciones materiales para que un sistema social tuviese continuidad, si estas no existiesen estaría en peligro la propia subsistencia de la comunidad, o al menos, no se estaría asegurando la subsistencia en las mismas condiciones que las originales existentes. Por tanto, toda sociedad que pretenda asegurar su permanencia debiera tener como premisa básica su reproducción, es decir, la repetición de forma más o menos análoga de una serie de procesos de producción, distribución y consumo que permitan recomenzar una y otra vez el ciclo. Los recursos necesarios para cada periodo: recursos naturales, productos materiales y personas no pueden ser mayores que los disponibles para dicho periodo. Un sistema incapaz de reproducir sus condiciones de producción es inviable y está condenado a desaparecer. Esto lleva directamente a contemplar la dimensión temporal –el estudio de los sucesivos periodos en que se desarrolla la actividad socio económica–, como elemento fundamental en el análisis de cualquier sistema social. Sin embargo, a pesar de la importancia de considerar el tiempo como aspecto esencial de los procesos, la economía oficial normalmente lo ignora.

En los procesos de reproducción no necesariamente el sistema se reproduce de manera idéntica a como existía antes de cada ciclo. Todo sistema socio

económico real constituye una estructura que integra factores de estabilidad y factores de cambio. Por tanto, se trataría de estudiar la trama de procesos complejos que forman la estructura a través de los cuales las personas –hombres y mujeres– actúan produciendo y reproduciendo su vida económica y social modificándose a sí mismas y a la estructura relacional en que se hayan inmersas/ (Barceló 1981).

Ahora bien, a pesar de la potencialidad del enfoque reproductivo frente al enfoque neoclásico, los economistas clásicos y los que siguieron posteriormente analizando los sistemas económicos desde dicha perspectiva, no consideraron el trabajo doméstico y de cuidados como parte de la economía. Como se verá más adelante, las nuevas ideas aportadas desde el movimiento feminista⁵, en particular, el papel del trabajo realizado desde los hogares en la reproducción de la fuerza de trabajo, llevan a ampliar la idea de reproducción social para tener en cuenta los trabajos y los procesos que no tienen lugar en el mercado. Desde los años sesenta, la hoy llamada economía feminista, toma el testigo y comienza a desarrollar un cuerpo teórico propio. Actualmente está constituida por un abanico de posicionamientos, sin embargo, es posible identificar algunas ideas básicas que la fundamentan y que la definen como pensamiento transformador.

La economía feminista: un prisma económico sin sesgo androcéntrico

Para comenzar, la economía feminista realiza una profunda crítica a la disciplina económica por fijar su objeto de estudio dentro de los límites estrechos del mercado considerando como no económicos los trabajos que no se desarrollan bajo relaciones capitalistas de producción. Esta visión cerrada y reduccionista de la disciplina –como se ha visto más arriba– ha sido un hilo conductor de todas las escuelas de economía con la única excepción de la economía ecológica. Lo cual implica o una incapacidad teórica impresionante de los economistas o sencillamente una ceguera patriarcal.

Desde la economía feminista se critica la estructura dualista y jerárquica que confiere total reconocimiento al mundo público y a la economía mercantil y se amplían las fronteras de la economía para incluir la economía no monetizada en los circuitos económicos. Lo cual obliga a desarrollar nuevos marcos analíticos y a reformular los conceptos centrales utilizados por el análisis económico. Esta nueva mirada de la economía permite análisis imposibles de realizar con la mirada más estrecha habitual de la disciplina. Entre otros, permite denunciar que la visión oficial que establece una clara división entre el espacio mercantil y

⁵ Aspectos sobre el trabajo doméstico debatidos en el movimiento feminista durante los años sesenta y setenta del siglo XX han sido los antecedentes cercanos de la economía feminista. La idea de reproducción social que se maneja actualmente tiene sus raíces en dichos debates.

el no mercantil ha conducido a la devaluación de un trabajo realizado desde los hogares mayoritariamente por las mujeres. Y precisamente por estar realizado por mujeres es porque está devaluado, ya que en una sociedad patriarcal lo que está devaluado es ser mujer. La responsabilidad asumida por las mujeres en el trabajo doméstico les impide estar en las mismas condiciones que los hombres en el trabajo de mercado, lo cual deriva en mayor carga de trabajo, problemas de organización del tiempo, salarios más bajos, menores pensiones, etc. En definitiva, una pobreza específica de las mujeres. Por otra parte, los nuevos esquemas desarrollados por la economía feminista han visibilizado la relación entre ambos trabajos. Si bien el trabajo de mercado permite tener acceso a una fuente de dinero necesaria para adquirir bienes en el mercado, el trabajo doméstico familiar es necesario para reproducir a toda la población y, en particular, a la fuerza de trabajo necesaria para el trabajo de mercado; lo cual hace patente la falta de autonomía del sistema mercantil capitalista y su dependencia en el trabajo no asalariado desarrollado desde los hogares.

Liberada de la estrecha mirada mercantil y centrada en el análisis del espacio doméstico, la economía feminista analiza cada vez más las características específicas que tiene este trabajo cuando se trata de cuidar a las personas; de ahí comienza a preocuparse del llamado trabajo de cuidados o simplemente cuidado. Las características específicas del cuidado están recogidas en otros escritos y nos remitimos a dicha bibliografía⁶. Pero sí queremos destacar que aunque el objetivo genérico del cuidado sea el cuidar a todas las personas y dar bienestar a la población; también existe un objetivo más específico propio de una sociedad patriarcal y es liberar de tiempo y responsabilidades familiares a los hombres adultos para que salgan a trabajar libres de restricciones al mercado, al espacio que tiene valor y reconocimiento social en una sociedad capitalista. El funcionamiento del mercado presupone ese soporte vital –que realizan básicamente las mujeres a través de una red de interdependencias– sin el cual no tendrían de fuerza de trabajo socializada y emocionalmente estructurada y segura.

La economía feminista también recupera la idea de reproducción social y aunque no existe una sola forma de definirla, hay acuerdo en que –a pesar de todas sus derivas y matices– dicho concepto guarda estrecha relación con la reproducción biológica, que incluye la construcción social de la maternidad en cada sociedad; con la reproducción de la fuerza de trabajo, que incluye los procesos de educación y aprendizaje; y con la satisfacción de las necesidades de cuidados, donde pueden participar el sector público, los hogares y el mercado. Así, la economía feminista incluye la economía del cuidado como

⁶ Sobre el cuidado se ha escrito mucho en la última década. Una recopilación de artículos se puede ver en Carrasco et al. 2011; en el ámbito español son interesantes diversos escritos de Pérez Orozco, ver por ejemplo Pérez Orozco 2006.

aspecto relevante en los procesos de reproducción social. No se trata, por tanto, de considerar la reproducción de las personas como si fuera un proceso de producción de mercancías, tratar el cuidado como un trabajo asalariado y racionalizar los tiempos y lugares con objeto de reducir el coste de la producción de mercancías y aumentar la eficiencia de la reproducción. Al contrario, se trata de introducir cambios radicales en el sistema socioeconómico y sus análisis, visibilizando las distintas dimensiones de la reproducción social y de las necesidades humanas (Picchio 1999). En consecuencia, se rechaza la visión que considera o bien una rígida separación entre el ámbito mercantil y el ámbito doméstico o bien este último como una nueva variable a incorporar en el sistema mercantil. Se integra la economía del cuidado en los enfoques económicos, mostrando su contribución fundamental al mantenimiento de las condiciones de vida de la población. El cuidado no se agrega como un elemento más del proceso, sino que representa un cambio radical de perspectiva que visibiliza la dependencia del sistema mercantil respecto a la economía del cuidado.

El trabajo doméstico y de cuidados –tanto por su contenido como por el tiempo global que representa⁷– es parte fundamental de los procesos de reproducción y vida, sin el cual el trabajo de mercado ni siquiera podría existir (Himmelweit 2002). Sólo la enorme cantidad de trabajo doméstico y de cuidados que se está realizando hace posible que el sistema económico pueda seguir funcionando. Dicho trabajo sostiene el edificio de la economía de mercado capitalista constituyéndose en fuente oculta de la plusvalía, por una transferencia de costes –también emocionales– desde la esfera mercantil a la esfera doméstica. Como bien acotan Bosch et al. “la economía del cuidado sostiene el entramado de la vida social humana, ajusta las tensiones entre los diversos sectores de la economía y, como resultado, se constituye en la base del edificio económico” (Bosch et al. 2005: 337. En síntesis, la visibilidad del trabajo doméstico y de cuidados y su incorporación a los desarrollos económicos no sólo ha permitido hacer explícita su estrecha relación con el producto social, sino también ha hecho más transparentes las formas de distribución de la renta, la riqueza y el tiempo de trabajo. Mecanismos todos ellos estructurados de acuerdo al sexo/género, que repercuten de manera diferenciada en la calidad de vida y bienestar de mujeres y hombres.

La economía feminista se presenta así como pensamiento transformador. Plantea una ruptura con el sistema económico y con la economía oficial que lo legitima, en el sentido de que antepone al mercado y al beneficio la vida de las personas, su bienestar, sus condiciones de vida. Y en este bienestar,

⁷ De acuerdo a información proporcionada por la Encuesta de Empleo del Tiempo 2009/2010 (INE 2011) el trabajo doméstico y de cuidados en España representa aproximadamente el 111% del tiempo dedicado a trabajo mercantil.

sitúa al cuidado como elemento central. La economía feminista apela a la lógica de la vida frente a la lógica del capital. Cuestionar el modelo vigente representa pensar un mundo común para mujeres y hombres más allá del discurso dominante; y más allá de la simple idea de igualdad. La economía feminista está proponiendo otra manera de mirar el mundo, otra forma de relación con el mundo, donde la economía se piense y realice para las personas. Esta propuesta representa un cambio total, ya que exige: una reorganización de los tiempos y los trabajos (mercantil y de cuidados), cambios en la vida cotidiana, una nueva estructura de consumo y de producción y, por supuesto, un cambio de valores. Pero hay algo más. La economía feminista se ha desarrollado y continúa haciéndolo en una continua comunicación entre las instituciones académicas y los diversos movimientos sociales, lo cual no podía ser de otra manera ya que se nos presenta como un cuerpo teórico pero también como una hoja de ruta política. La interacción entre personas de distintos ámbitos inducen a plantear interrogantes –difíciles de realizarlo dentro de la academia– que llevan a discutir también las relaciones sociales de poder, las responsabilidades individuales y sociales, las subjetividades de las personas, etc.

Seguramente, se me podría interpelar diciendo que esta idea de la economía para las personas no es una idea nueva, que existen diversos colectivos que también lo están planteando. Esto es verdad, pero el problema se sitúa en la forma en que unos y otras entendemos el concepto de bienestar, el de buen vivir o el de condiciones de vida aceptables para toda la población. Los colectivos que sostienen esta idea generalmente mantienen una perspectiva multidimensional del bienestar en la línea elaborada por Amartya Sen, donde se incluyen aspectos como salud, educación, alimentación, etc., pero con una visión que nos parece estrecha porque mantiene la mirada masculina que solo tiene en cuenta el mundo más allá de los hogares. Mirada masculina que se traduce fundamentalmente en dos aspectos. En primer lugar, cada vez más las mujeres hemos aprendido que los distintos elementos señalados como integrantes del bienestar pueden tener una lectura que excluya a las mujeres. Tomo como ejemplo la salud: los indicadores de salud tradicionalmente utilizados respondían a las características de un cuerpo masculino; los temas de salud reproductiva se comienzan a considerar por la presión de las mujeres que trabajan en estas áreas; los problemas de salud laboral son muy diferentes para mujeres y hombres por las segregaciones en el mercado laboral y normalmente solo se consideran los que atañen a los hombres, no se tienen en cuenta los problemas de salud ocasionados por la responsabilidad y la realización del trabajo doméstico, etc. Y, en segundo lugar, los colectivos que se manifiestan a favor del buen vivir nunca suelen incluir en dicho concepto el hecho del cuidado, el hecho de que un elemento central en el bienestar es el estar bien cuidado/a. Esta es una especificidad lamentablemente y exclusivamente del discurso feminista.

Sostenibilidad de la vida

Cuestionar los conceptos de trabajo y economía ha permitido a la economía feminista recuperar de la invisibilidad un trabajo –doméstico y de cuidados– absolutamente necesario para la vida y desafiar los modelos, análisis y propuesta de políticas de la economía oficial. Esta nueva mirada de “política económica” sin sesgo androcéntrico no comulga con los conceptos de la economía ni en sus definiciones ni en sus motivaciones u objetivos; en cambio, da valor a la experiencia femenina del cuidado, situándolo como una actividad central. Lo cual representa la no aceptación del “hombre egoísta” como principio generalizado, y sustituirlo por la idea de interdependencia humana.

El análisis del papel del trabajo doméstico en la reproducción de la fuerza de trabajo, el “descubrimiento” del cuidado y la idea de reproducción social van a permitir a la economía feminista acuñar el concepto de sostenibilidad de la vida. Una nueva perspectiva de análisis que sitúa, por una parte, la reproducción social como aspecto fundamental del sistema socio-económico y, por otra, el trabajo de cuidados como aspecto determinante de la reproducción social y de las condiciones de vida de la población, desplazando el objetivo social desde la obtención de beneficio al cuidado de la vida; lo cual abre nuevas vías a un posible cambio del paradigma económico y, en el terreno aplicado, a la elaboración e implementación de nuevas acciones sociales y políticas económicas.

El principio de reproducción social es universal, en el sentido de que remite a un aspecto elemental: si no se dan las condiciones de reproducción, la sociedad no tiene asegurada su continuidad. Condiciones de reproducción que dependen de las posibilidades que la sociedad tenga de reproducir a su población, a los bienes y servicios necesarios para su manutención y a los inputs necesarios para reiniciar continuamente los procesos de producción. En este concepto de reproducción se entiende también que se mantiene una relación de ecodependencia respetuosa con la naturaleza que asegura la vida de las generaciones futuras. En definitiva, una sociedad incapaz de reproducir sus propias condiciones de reproducción está condenada –antes o después– a su desaparición. Ahora bien, el segundo principio –poner las condiciones de vida para toda la población como objetivo primero– es ético-ideológico y, en consecuencia, no tiene por qué ser universal. Una sociedad puede asegurar sus condiciones de reproducción manteniendo fuertes desigualdades entre grupos de población. De hecho, sociedades esclavistas aseguraron su reproducción basándose en trabajo esclavo.

Desde esta perspectiva, el trabajo doméstico y de cuidados se nos presenta como una pieza clave, como sustento básico de los dos principios. Por una parte, ya vimos el papel determinante que juega en la reproducción de la fuerza de trabajo y, por tanto, en la reproducción del sistema. Y, por otra, no solo hay que mantener a la fuerza de trabajo, sino a toda la población y en condiciones de

vida digna, satisfactoria y humana. Un análisis desde la sostenibilidad permite observar las posibilidades de continuidad de la sociedad no solo para el período presente, sino también para las próximas generaciones; pero, además, constatar la calidad de vida y el nivel de equidad y justicia social que vive la población, mujeres y hombres.

Esta nueva mirada no pretende, por tanto, agregar al análisis los “temas de mujeres”, sino plantear una nueva perspectiva analítica que permita dar cuenta de los procesos de reproducción y bienestar de la vida cotidiana dentro de un marco general socio económico. Una sociedad que parte de la premisa de que la prioridad está en los estándares de vida de las personas, en la calidad de vida de mujeres y hombres de todas las edades, reconoce la actividad de cuidados como central lo cual implica necesariamente una ruptura del modelo establecido. Esta forma de enfocar el problema va mucho más allá de la simple igualdad. No sitúa la atención sólo en la desigualdad entre mujeres y hombres sino en una característica social universal que tradicionalmente se ha mantenido oculta: la vulnerabilidad social e individual íntimamente ligadas a la idea de dependencia (Addabbo y Picchio 2009, Bosch *et al.* 2005).

La sostenibilidad de la vida representa así un proceso histórico de reproducción social, un proceso complejo, dinámico y multidimensional de satisfacción de necesidades en continua adaptación de las identidades individuales y las relaciones sociales, un proceso que debe ser continuamente reconstruido, que requiere de recursos materiales pero también de contextos y relaciones de cuidado y afecto, proporcionados éstos en gran medida por el trabajo no remunerado realizado en los hogares (Carrasco 2001, Addabbo y Picchio 2009, Picchio 2005). Un concepto que permite dar cuenta de la profunda relación entre lo económico y lo social, que sitúa a la economía desde una perspectiva diferente, que considera la estrecha interrelación entre las diversas dimensiones de la dependencia y, en definitiva, que plantea como prioridad las condiciones de vida de las personas, mujeres y hombres.

La idea de sostenibilidad no es fácil de definir. Se trata de una noción multidimensional que engloba diversas sostenibilidades, básicamente, la ecológica, la económica, la social y la humana y todas las interrelaciones que existen entre ellas. Así, la sostenibilidad solo se puede entender en términos globales. Los tipos de relaciones existentes se entrecruzan, formando un entramado que hace difícil distinguir unas de otras. Podemos encontrar relaciones de desigualdad jerárquicas como las patriarcales, las capitalistas o las de raza/etnia, pero también algún tipo de relaciones horizontales motivadas por afectos, solidaridades o reciprocidades.

Los distintos ámbitos y procesos que participan de la noción de sostenibilidad se pueden entender y organizar como una cadena de sostén de la vida. Cada

una de las dimensiones que conforman la sostenibilidad global debiera ser sostenible y también las relaciones entre los ámbitos donde se desarrollan. Sostenibilidad económica implica un equilibrio a corto y largo plazo entre producción, consumo e inversión, es decir, entre producción y distribución y utilización del producto social (Recio 2010). Sostenibilidad ecológica hace referencia a la capacidad de una economía de funcionar sin degradar la base natural en la que se inserta. Y, finalmente, la sostenibilidad social implica la posibilidad real de que todas las personas puedan disfrutar de condiciones de vida adecuadas; ello significa considerar una distribución equitativa tanto de la realización de los distintos trabajos como del acceso a los bienes y servicios que permitan satisfacer las necesidades básicas definidas en términos socio históricos, entre los cuales se sitúa en un lugar preferente el acceso a los cuidados.

Sin embargo, las condiciones de funcionamiento de nuestro sistema socio económico actual son totalmente insostenibles. Si comenzamos por el nivel más básico, la naturaleza, de la cual depende y ha dependido siempre la vida, sabemos que la interacción que mantienen con ella la economía capitalista, la sociedad patriarcal y una cultura tecnológica androcéntrica son las responsables de los crecientes problemas ecológicos locales y globales. Esta forma de actuar muestra ceguera, prepotencia y falta absoluta de respeto con los vínculos de dependencia que necesariamente mantenemos con todo lo que compone la naturaleza. El agotamiento de recursos renovables y no renovables, las múltiples formas de contaminación, el cambio climático y la drástica pérdida de biodiversidad, son todos ellos fenómenos ocasionados por nuestra estructura actual de producción y consumo regida por un orden socio-simbólico que únicamente tiene en cuenta el crecimiento económico mercantil sin preocuparse de mantener una relación perdurable con el medio natural (Carrasco y Tello 2012). Pero también la crisis ecológica se relaciona con graves problemas de desigualdad, pobreza y miseria y actualmente, con nuevas formas de empobrecimiento derivadas de la propia degradación ambiental.

Un segundo ámbito es el ámbito del cuidado. La humanidad solo ha podido mantenerse y desarrollarse a través de esa enorme cantidad de trabajo que representa el trabajo doméstico y de cuidados que acompaña una vida humana digna a lo largo de su ciclo vital. Ahora bien, sabemos que el desarrollo de dicho trabajo ha recaído siempre en manos de las mujeres, que han asumido la responsabilidad de una tarea dura y silenciosa que ha sido devaluada por la sociedad patriarcal y nunca reconocida por la economía. En las últimas décadas, el incremento de la esperanza de vida, el envejecimiento demográfico, junto a la cada vez mayor participación laboral femenina y la escasez de oferta de servicios públicos de cuidados, ha provocado lo que ha venido a denominarse “la crisis de los cuidados”, poniendo de manifiesto que la oferta de trabajo de las mujeres no es infinita como parecía suponerse (Picchio 1999,

Bakker 2003, Pérez Orozco 2007). Sin embargo, el proceso sigue descansando mayoritariamente sobre las mujeres, significando una enorme carga para éstas junto a una precarización creciente de los cuidados. Todo lo cual está manifestando la insostenibilidad actual de la organización social del cuidado de la vida; una organización basada, por una parte, en el desplazamiento hacia los hogares de las tareas de cuidado y, por otra, en una desigualdad tradicional patriarcal que discrimina a las mujeres.

Finalmente, la producción de mercado capitalista, que acostumbra irónicamente a llamarse economía real (como si todo lo nombrado anteriormente fuese virtual), incluye la producción de bienes y servicios cuyo destino es el mercado. Como se comentó anteriormente, el único objetivo de esta producción es la obtención del máximo beneficio⁸; sin tener en cuenta para ello ni las condiciones de vida de las personas, que pasan a ser una “externalidad” ni los efectos para la naturaleza. Esta forma de comportamiento que antepone el beneficio a la vida de las personas no puede ser sostenible desde nuestra perspectiva. Un sistema donde las decisiones se toman de forma privada y descentralizada buscando cada uno su máximo beneficio, se contraponen totalmente a un sistema que mantenga un equilibrio a corto y largo plazo entre los procesos de producción y consumo con una distribución equitativa de la renta, los trabajos y los tiempos, es decir, con un sistema sostenible.

Resumiendo, el actual funcionamiento de nuestras sociedades basadas en el máximo beneficio es totalmente insostenible. El mercado capitalista funciona con una lógica contraria a la sostenibilidad de la vida humana y está minando las bases de sustentación del sistema social. La naturaleza y el trabajo doméstico y de cuidados son los dos pilares básicos en que se apoya el sistema económico actual. Y aunque se les quiera ignorar, sin ellos el sistema se derrumbaría. Parte del crecimiento económico y del beneficio proviene de estas dos fuentes: se aceleran los ritmos de explotación o extracción de recursos naturales y se intensifica el trabajo de cuidados realizado fundamentalmente por las mujeres. Algunas autoras han simbolizado dicha situación como la “economía del iceberg”; por encima de la línea de flotación estaría la producción y mercado capitalista y por debajo, la naturaleza y la economía del cuidado, es decir, los espacios que mantienen la vida humana. Espacios que quedan ocultos a la disciplina económica, lo cual le permite eludir toda responsabilidad sobre las condiciones de vida de las personas.

En definitiva, la visión estrecha de la disciplina económica es la que le ha impedido observar y discutir sobre la (in)sostenibilidad del sistema. La mirada masculina de la sociedad ha otorgado relevancia sólo al mundo público y mercantil,

⁸ Los servicios ofrecidos por el sector público naturalmente que no tienen este objetivo propio de la producción realizada con propiedad privada.

que ha sido tradicionalmente el lugar socialmente asignado a los hombres. Y bajo esa mirada, pretendidamente universal, el resto de los ámbitos han quedado invisibilizados. De ahí que, hacer visibles los distintos espacios de la cadena de sostén y sus interrelaciones, sea una de las tareas pendientes más importantes para la economía feminista y también para la economía ecológica. Una economía sostenible que trabaje para la satisfacción de las necesidades de todos los seres humanos, manteniendo la capacidad de reproducción de su mundo común social y natural, debe invertir la relación del “iceberg” y poner la producción y el mercado al servicio de las comunidades y las personas.

Bibliografía

- Addabbo, Tindara y Antonella Picchio (2009). “Living and Working Conditions: Perspectives, Concepts and Measures” en Bernard Harris, Lina Gálvez y Helena Machado (ed.) *Gender and Well-Being in Europe*, Farnham y Burlington: Ashgate.
- Bakker, Isabella (2003). “Neo-Liberal Governance and the Reprivatization of Social Reproduction: Social provisioning and Shifting Gender Orders” en Bakker y Gill (ed.) *Power, Production, and Social Reproduction*, New York: Palgrave Macmillan.
- Barbé, Lluís (1996). *El curso de la economía*. Barcelona: Ariel Economía
- Barceló, Alfonso (1981). *Reproducción económica y modos de producción*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Becker, Gary (1981). *A Treatise on the Family*. Cambridge MA: Harvard University Press. [Traducción castellana, *Tratado sobre la familia*, Madrid: Alianza Editorial 1987].
- Bosch, Anna, Cristina Carrasco y Elena Grau (2005). “Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo” en Enric Tello, *La historia cuenta*, Barcelona: El Viejo Topo.
- Carrasco, Cristina (2001). “La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?”, *Mientras Tanto*, 82, pp. 43-70.
- Carrasco, Cristina, Cristina Borderías y Teresa Torns, (2011). *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y política*. Madrid: CIP-Ecosocial y La Catarata.
- Carrasco, Cristina y Enric Tello (2012). “Apuntes para una vida sostenible” en Maria Freixanet (coord.), *Sostenibilitats. Polítiques públiques des del feminisme i l'ecologisme*. Col·lecció Grana N^o 30. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials
- Dalla Costa, Mariarosa (1982). “Percorsi femminili e politica della riproduzione della forza-lavoro negli anni '70”, *La Critica Sociologica*, 61, [Traducción

- castellana en “Trayectorias femeninas y políticas de reproducción de la fuerza de trabajo en la década de 1970”, Mariarosa Dalla Costa, *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*, Madrid: Akal, 2009].
- Dalla Costa, Mariarosa (1995). “L’arcanodella riproduzione oggi”, en *Capitalismo Natura Socialismo. Rivista internazionale di ecologia socialista*, Año V [Traducción castellana en “El arcano de la reproducción hoy”, Mariarosa Dalla Costa, *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*, Madrid: Akal, 2009].
- Gardiner, Jean (2000). “Domestic Labour Revisited: a Feminist Critique of Marxist Economics” en Susan Himmelweit (ed.).
- Himmelweit, Susan (ed.) (2000). *Inside the Household: From Labour to Care*, London: MacMillan Press Ltd.
- Himmelweit, Susan (2002). “Making Visible the Hidden Economy: The Case for Gender-Impact Analysis of Economic Policy”, *Feminist Economics*, 8(1), pp. 49-70.
- Pérez Orozco, Amaia (2006). *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social, Colección Estudios, 190.
- Pérez Orozco, Amaia (2007). Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica*, 5, 7-37.
- Picchio, Antonella (1992). *Social Reproduction: the Political Economy of the Labour Market*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Picchio, Antonella (1999). “Visibilidad analítica y política del trabajo de reproducción social” en Cristina Carrasco (ed.), *Mujeres y Economía*, Barcelona: Icaria.
- Picchio, Antonella (2005). “La economía política y la investigación sobre las condiciones de vida” en Gemma Cairó y Maribel Mayordomo (comp.) *Por una economía sobre la vida*, Barcelona: Icaria.
- Recio, Albert (2010). “Capitalismo español: la inevitable crisis de un modelo insostenible”, *Revista de Economía Crítica* 9, pp. 198-222. www.revistaeconomiacritica.org